

0843. Al tanto con el amor...

Nadie puede negar que el amor es en el matrimonio la base de todo, el motor que todo lo mueve y lo que da cohesión a toda la vida de los esposos.

Por otra parte, como el amor es una participación del amor de Dios —el cual es *amor*—, el amor es lo más bello y bueno que existe. Un poeta lo cantó con unos versos muy finos: *Y es el amor cosa tal - que todo amor es hermoso, - vibre en un alma inmortal - o en el pechuelo fogoso - del ave del matorral* (Gabriel y Galán)

Todo se mueve por el amor, que, como decía uno de nuestros escritores clásicos, el oro es *alquimista, que el agua transforma en oro*, o sea, que el amor da valor a todas nuestras cosas, y lo más ordinario y abundante, como es el agua, queda transformado en lo más valioso como es el oro.

Entonces, si algo hay que defender en el matrimonio, es precisamente el amor. ¡Cuidado, que no acampe contra él un ejército para presentarle batalla y derrotarlo!... ¡Cuidado, que en ese organismo tan sano del amor no se inocule un microbio mortal!... ¡Cuidado, que no estén al acecho las fieras para devorarlo!...

Valga de comparación el hecho que un día publicaban los periódicos. En una ciudad alemana actuaba un circo espectacular y un joven domador se metió en la jaula para practicar los ejercicios con la fieras, antes de exhibirse frente al gran público. Los cinco tigres habían de formar una pirámide, pero, en un momento dado, el domador quedó de espaldas al único tigre macho, el cual le clavó una dentellada en la nuca. Los otros animales, al oler la sangre, se lanzaron sobre el domador con la rapidez del rayo, y en unos instantes habían acabado con su vida y se daban felices un buen banquete con aquel cuerpo destrozado... (Ulm, 1957)

El amor es así. Fuerte como la más fuerte de las fieras. Aunque se haya de tener mucho cuidado con él y tenerlo siempre a raya para que no se

desmande. Quien pone todas las defensas que están a su alcance para fomentar el amor, siempre y de todas maneras a su alcance, no teme nunca los fracasos ni se expone a ninguna tragedia.

Contra el egoísmo —el enemigo primero y el más temible—, está la generosidad.

Contra los malos instintos, metidos en nosotros por aquel primer pecado del paraíso, están la nobleza, la delicadeza, el trato exquisito con la pareja.

Contra las máximas perversas que el mundo nos quiere meter en la cabeza, están los dictámenes de la ley de Dios.

Cada uno de nosotros lleva metidos dentro —desde Adán y Eva vencidos— los principios del mal, y, como en el matrimonio son dos los que los viven juntos, los males están multiplicados por dos.

Aunque también es muy cierto lo contrario: para oponerse a los males que acechan al amor, también son dos los que se unen para luchar contra el mal y hacer el bien; y si los dos esposos, bien trabados en la pareja, se proponen amarse sin fisuras, el amor no muere nunca, se mantiene siempre fresco, y el matrimonio se convierte en la escuela más sabia de perfección humana que existe.

¡Y quién nos iba a decir que tantas faltas contra el amor en el matrimonio empiezan por cosas muy simples! Como puede ser la manera de hablar, cuando se emplean expresiones que entrañan indiferencia, y hasta egoísmo o desprecio.

Por ejemplo, llega el marido a la casa algo tarde, y ella le suelta malhumorada:

- *¿Por qué has tardado tanto? ¡Toda la tarde por ahí!...*

Comienza la tragedia de la noche. Mientras que todo hubiera sido al revés, si hubiese preguntado algo mimosa:

- *¿Has disfrutado mucho en la tertulia con tus amigos? ¡Cuéntame! ¿Cómo te ha ido con ellos?...*

O bien, él le dice a ella:

- *¡Todo el día en casa, y la comida sin hacer!...*

Hubiera sido más acertado empezar así:

- Seguro que estás bien cansada. ¿Verdad que a lo mejor te va bien salir esta noche un rato conmigo? Prepara lo que puedas, y te saco. Pero, si no te conviene hoy, será el día que tú digas.

¿A que, por dificultades que haya en la casa, no ocurre nada desagradable y el amor no se entibia nunca si se habla así? Al contrario, viendo cómo son comprendidas esas dificultades diarias de la pareja, el amor y la alegría van a reinar por siempre entre los muros del hogar.

El amor une los corazones, y no se debe permitir la ruptura de ese lazo, delicioso y fuerte a la vez.

Los dos, marido y mujer, han unido sus vidas con el amor, y en amar y ser amados está el colmo de su felicidad.

Mientras que la indiferencia y el egoísmo deshacen el matrimonio, el amor tierno, constante, servicial, delicado, caballeroso y gentil, establece la unión conyugal y la hace perseverar hasta el fin.

Esto que ocurre en todo matrimonio, tiene un significado especial en el matrimonio cristiano. Desde el momento que es el signo y sacramento del amor que se tienen Jesucristo y su Esposa la Iglesia, el amor conyugal, santificado por Cristo y vivido en la Iglesia, ha de ser el anticipo del amor y del gozo que van a disfrutar semejante Esposo y tal Esposa en la eternidad feliz. Con Jesucristo y la Iglesia delante de los ojos, el enemigo del amor no da miedo y la defensa contra los fallos está siempre alerta...